

*Sigue Siendo del y Para el Gobierno*

*8-ABRIL-1993*

# El PRI o la Política del Gatopardo

- ★ Está Empeñado en Retener el Monopolio del Poder
- ★ Utilización Ilegal e Ilegítima de Fondos Públicos
- ★ En Aguascalientes, Plena Subordinación al Ejecutivo

LORENZO MEYER

El PRI ha cambiado varias veces a lo largo de su prolongada y exitosa carrera como instrumento de un círculo pequeño y autoseleccionado, empeñado en mantener el monopolio del poder político. Es un auténtico gatopardo, en el sentido de los personajes de la célebre novela del mismo nombre del príncipe Tomasi di Lampedusa —don Fabrizio, príncipe de Salina, y su sobrino—, cuya visión de la política se resume en este principio: si las circunstancias lo exigen, hay que cambiarlo todo para que todo siga igual.

En la XVI asamblea nacional del PRI, celebrada hace menos de dos semanas en Aguascalientes, se cambiaron varias cosas aparentemente importantes, pero en el fondo no cambió nada. Es verdad que se modificó la estructura de ese partido —junto a los

tres sectores tradicionales, apareció el Movimiento Territorial, Urbano y Popular, inspirado, y no por accidente en Pronasol—, y se modificaron también los estatutos y los principios —ahora la guía filosófica del PRI es el liberalismo social y la solidaridad “con los que menos tienen”, y ya no el “nacionalismo revolucionario”. Sin embargo, en lo esencial, la XVI asamblea no cambió nada: el PRI sigue siendo el partido del Presidente, y se le controla como a cualquier otro componente del aparato estatal. Pese a la afirmación presidencial del 4 de marzo, que proclamó el fin del partido del gobierno, en Aguascalientes el propio Presidente trató al PRI como si fuera otra secretaria de Estado.

Lo que hace que pese a los cambios el PRI siga siendo el PRI, no es la fidelidad a los principios inscritos en los documentos oficiales —éstos raras veces se han puesto en práctica—, sino su fidelidad al principio no escrito pero rigurosamente observado, de obediencia incondicional a quien controla el poder estatal y sus amplios recursos, sea este el “Jefe Máximo” hasta 1935 o el Presidente en turno a partir de esa fecha. El PRI, como ya lo señalaron los teóricos del autoritarismo, no es una organización cuyos componentes se distinguen por ser fieles a una ideología en particular, sino fieles a una mentalidad, a una forma de ver el mundo. Y en el centro de esa mentalidad, se encuentra el principio de sumisión incondicional a la línea fijada por el superior, cualquiera que ésta y éste sean. Y en el universo priísta, el superior es aquel que controla los recursos del gobierno y del Estado mismo, pues éstos son los recursos que alimentan al aparato priísta en general y, en diferentes grados, a cada uno de sus miembros en particular.

Hoy como ayer, al gatopardo priísta lo sigue controlando quien maneja al gobierno; es éste el que le impone hasta el color de sus manchas. Históricamente, el PRI es una criatura del y para el gobierno. Y esta es la única razón por la que es, también, un partido en el gobierno. Nunca el PRI como tal, ha sido el origen de las grandes líneas políticas que han moldeado la realidad mexicana, simplemente ha sido su instrumento. Esta naturaleza íntima del partido

del, y por tanto, en el gobierno, se volvió a reafirmar hace unos días en Aguascalientes, durante la XVI asamblea de ese organismo. Ahí se modificaron estructuras, estatutos y principios, pero la esencia se mantuvo intacta. Lo que cambió tuvo como meta que todo lo esencial permaneciera: que el PRI siga siendo un instrumento incondicional del Jefe del Estado y que continúe operando como partido de Estado, es decir, antidemocrático.

Algún comentarista ha señalado que lo que ocurre dentro del PRI es asunto exclusivo de los priístas. Sin embargo, resulta que en México los partidos políticos no son estructuras de la exclusiva incumbencia de sus miembros, pues han sido definidos por la ley como “entidades de interés público”, y es por esa razón que están parcialmente financiados con recursos provenientes de nuestros impuestos (106 mil millones de viejos pesos en 1991). Pero hay además otros motivos, quizá más importantes, para que todos nos preocupemos por lo que ocurre intramuros del “Institucional”. En efecto, en la medida en que el PRI siga siendo un partido de Estado, una parte sustantiva de sus enormes recursos, provendrá no del financiamiento público legal, sino del ilegal, de ese que tiene lugar cuando se desvían fondos municipales, estatales y federales para sostener la estructura del PRI y, sobre todo, para financiar sus campañas frente a una oposición con recursos infinitamente menores. Así pues, en la medida en que continúe esta transferencia ilegal e ilegítima, el PRI —que en sentido estricto es, sobre todo, una dependencia gubernamental— seguirá siendo uno de los más grandes obstáculos al esfuerzo por hacer de los mexicanos, auténticos ciudadanos.

Pero el que el PRI sea y siga siendo una dependencia gubernamental, no sólo conduce al uso ilegal e ilegítimo de los recursos públicos, y a la imposibilidad de una lucha verdaderamente democrática entre ese partido y la oposición. El que el PRI sea un partido del gobierno, también perpetúa el autoritarismo como esencia del ejercicio del poder. En efecto, la incapacidad de los priístas de ser independientes del poder presidencial, impide que en México exista algo que se supone esencial pa-

ra lo que es ahora el principio rector del PRI: el liberalismo. Y no es posible una vida política liberal en México, porque la subordinación del partido mayoritario a la voluntad presidencial impide una verdadera división de poderes, y sólo esa división del poder permite a los ciudadanos contener con éxito y de manera pacífica, la natural tendencia a la arbitrariedad por parte del aparato gubernamental. Como los priístas en el Congreso Federal o en los estatales no actúan como miembros de un cuerpo con autoridad y poder propio, sino como meros subordinados del Poder Ejecutivo, tampoco puede existir un Poder Judicial digno de tal nombre, y sin ese poder, el Estado de derecho característico del liberalismo, simplemente no existe.

En los últimos tiempos, del Presidente de la República para abajo, se ha insistido hasta el cansancio, que México, bajo el liderazgo de Carlos Salinas, ha entrado en una nueva etapa de su desarrollo político, pues el PRI ya no será lo que ha sido por 64 años: un mero instrumento del grupo en el poder, y por primera vez actuará como un auténtico partido, sostenido con votos y recursos por sus bases. Como resultado de cambio tan profundo, se dice, surgirá la independencia de los poderes Legislativo y Judicial y México, por fin, tendrá un sistema político moderno y democrático. Y para dar credibilidad al anuncio de tamaño portento —credibilidad interna, pero sobre todo externa— se decidió al más alto nivel de la pirámide del poder, que se convocara a los grandes empresarios privados —los beneficiados de la política económica neoliberal—, y se les pidiera una aportación equivalente a 25 millones de dólares per cápita. La enorme suma de dinero así acumulada, se dijo, no sería trocar la dependencia respecto del erario estatal por la dependencia de la gran empresa, sino la base objetiva de la independencia del PRI y el principio de su vida como auténtico partido.

Como se sabe, el proyecto de buscarle al PRI fondos privados, se puso en marcha a finales de febrero, pero desde el principio y hasta ahora, no ha corrido con buena suerte. La idea de intercambiar sumas enormes de dinero por “seguridad” para los grandes inversionistas

—esos fueron los planteamientos hechos por Antonio Ortiz Mena, uno de los promotores del proyecto—, fue mal recibida por la opinión pública nacional. Y lo más importante para el grupo gobernante, por la extranjera, que lo vio como extorsión o alianza **non sancta**. El tiro salió por la culata, y desde arriba se ordenó dar marcha atrás. Se volvió al punto cero. Así pues, aún está por diseñarse la estrategia para hacer creíble la independencia financiera del partido que por 64 años ha vivido de recursos públicos por y para monopolizar el poder político en México.

La gran colecta priísta fracasó, al menos como medio para convencer al público que el PRI había cambiado de naturaleza. Y en Aguascalientes, de plano se abandonó toda pretensión de independencia del PRI respecto del gobierno y la asamblea se convirtió en una muestra ejemplar del control presidencial de ese partido. Los 2,100 delegados priístas que ahí se reunieron, fueron cuidadosamente seleccionados para no permitir la repetición de ninguno de los ocasionales estallidos de independencia que caracterizaron a la XIV asamblea. Y fue ante esos delegados que Genaro Borrego, el presidente del CEN del PRI en ese momento, leyó el domingo 28 de marzo un combativo discurso en el que implícitamente asumió el compromiso de conducir él a su partido —al que declaró “en pie de guerra”— a una victoria en las elecciones de 1994. Todos los signos externos hicieron creer a los delegados que el rumor de un cambio de líder en el PRI ya no se materializaría. Sin embargo, al día siguiente, el propio Genaro Borrego les anunció a esos mismos delegados, que dejaba la dirección de ese partido “en pie de guerra” para irse a la retaguardia. ¿La razón de tamaña decisión en medio de la guerra contra el enemigo? Pues según Borrego, “durante la tarde de hoy recibí la honrosa invitación del Presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, para formar parte del gabinete como director del Instituto Mexicano del Seguro Social” y no vaciló un segundo en aceptar la “invitación”, es decir, la orden. Si las crónicas periodísticas de lo ocurrido en Aguascalientes son correctas, resulta que la confirmación de la invitación telefónica

para que renunciara a la jefatura del PRI, la recibió Borrego después, no antes, de que otra llamada telefónica del mismo origen, confirmara al líder de la Cámara de Diputados, Fernando Ortiz Arana, que él ya era el nuevo jefe formal del PRI. En todo este cambio, naturalmente, los asambleístas desempeñaron el papel que previamente se les había asignado: el de meros observadores.

La decisión presidencial de cambiar el liderazgo del PRI, fue sólo una parte de un cambio mayor en el gabinete con vistas a mantener el control presidencial sobre los tiempos de la sucesión sexenal. Quedó así demostrado, a plena luz del día, que el PRI no era distinto del IMSS, de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, del Infonavit o del Banco Nacional de Obras Públicas, que fuera, las otras instituciones donde se dieron los cambios de dirección. Y lo mismo se puede decir del Congreso; donde el puesto de líder de la Cámara de Diputados cambió —María de los Angeles Moreno por Ortiz Arana—, sin que los diputados de la mayoría tuvieran en realidad nada que ver ni decir.

Así pues, en Aguascalientes se dio una lección práctica de alta política mexicana a todos los que quisieron verla. Todos los hilos que movieron al PRI los movió la Presidencia de la República y dejó en claro que antes y después de la asamblea, el F e guía siendo lo que siempre fue: una estructura subordinada al Jefe del Estado, sin voluntad propia. Fieles a su naturaleza más íntima, los delegados priístas simplemente acataron lo ordenado, y lo mismo aplaudieron a Genaro Borrego cuando parecía que se quedaba, que cuando anunció que se iba. Muerto el rey, ¡que viva el rey! y los priístas aplaudieron con igual fervor a Ortiz Arana... y lo mismo hubieran hecho con cualquier otro que hubiera señalado el dedo presidencial.

Si algún día el sistema político mexicano llega a cambiar su naturaleza y realmente se transforma en un sistema moderno, democrático y auténticamente liberal, será porque antes habrá podido matar al gatopardo, al partido de Estado. Sin embargo, hoy por ese gatopardo sigue vivo y “en pie de guerra”. Todo ha vuelto a cambiar para que todo siga igual.